
SÓCRATES (469-399 a. de C.)

“Doy gracia a Dios por haber nacido griego y no bárbaro, hombre y no mujer, libre y no esclavo. Pero sobre todo le agradezco el haber nacido en el siglo de Sócrates.”

Platón.

La llegada a Atenas, la Filosofía se convierte en urbana y el centro de atención se desplaza al hombre, iniciándose así el **período antropológico de la filosofía griega**.

La vida política y artística de Atenas después de las Guerras Médicas, convertida a la democracia y liderada por Pericles, se desarrolla tan brillantemente que sus ciudadanos creen, con razón, haber llegado a la plena madurez humana. El espíritu crítico se desarrolla y se ceba con la tradición. Todo se debate en público y la vida cotidiana se convierte en una inacabable confrontación de pareceres y puntos de vista. Se agudiza la necesidad de buscar nuevas y más firmes bases en que apoyar la conducta para no caer en la anarquía de las opiniones y los intereses particulares.

En un ambiente tal, competitivo y polémico, el problema central había de ser el de la educación de la juventud. ¿Cómo hay que formar a quienes aspiren a triunfar? ¿En qué consiste ser un buen ciudadano? Llevada la cuestión a este nivel se abre la alternativa; unos sostendrán el punto de vista pragmático y disolvente: quien triunfa, por esto solo queda justificado y puede ser calificado como bueno; otros, y Sócrates el primero, defienden que la bondad no puede confundirse con el **éxito**. La bondad es el más alto valor, superior a los azares de las convenciones políticas, y se impone como una exigencia moral a la cual debe someterse todo hombre.

Para que el comportamiento humano sea digno de este nombre se requiere que se funde en la razón, de manera que se sepa de antemano que lo que se va a hacer es bueno. La moral depende, pues, del conocimiento. Este simple razonamiento fue el que dirigió la filosofía y la vida entera de Sócrates, consagradas total y exclusivamente a la formación y al mejoramiento de sus conciudadanos.

Los sofistas, por su parte, se apoyaron en el estudio del lenguaje y en las técnicas de persuasión, cultivando la **retórica** y la erudición, puesto que para triunfar de la opinión adversa se requería dominar el sentido de la palabra, recurrir a matices, emplear voces ambiguas. Sobresalieron en los

largos discursos inspirados en el principio de Protágoras según el cual “**el hombre es la medida de todas las cosas**”. Nada hay en el mundo que tenga un valor fijo, universal y objetivo: todo está a merced de los pareceres. El que consiga dominar y variar, si puede, las opiniones humanas, habrá trastocado el mundo, ya que todo es mera proyección del sentir del hombre.

El humanismo de los sofistas es también **escéptico**: nada podemos conocer de lo que excede del mundo humano. Los dioses no están a nuestro alcance.

Vida (469-399 a. de C.)

Sócrates es ante todo uno de los rarísimos casos de modestia premiada. Premiada no por lo contemporáneos que, al contrario, lo condenaron a muerte, sino por la posteridad, que ha reconocido la inmortalidad de las obras que él no escribió porque fueron sus discípulos los que se tomaron ese trabajo. Los había, en torno a él, de todas las edades, condiciones e ideas: desde el aristocrático y turbulento Alcibíades hasta el noble y compuesto Platón; desde Critias el reaccionario hasta Antístenes el socialista, y por fin hasta Aristipo el anarquista. Cada uno de ellos vio y describió al maestro a su manera. Y Diógenes Laercio cuenta que cuando leyó la semblanza que de él había escrito Platón, Sócrates exclamó: “*¡Caramba, cuantas mentiras ha contado sobre mí ese jovenzuelo!*”.

Lo creemos, en primer lugar, porque nadie -ni el mismo Sócrates, que, sin embargo fue el hombre que con más encarnizamiento lo intentó- logra verse a sí mismo, o por lo menos verse como los demás le ven; y luego, porque cada retratista atribuye a su personaje no sólo lo que dicho y hecho, sino también todo lo que hubiese podido decir y hacer, en coherencia consigo mismo. Las buenas biografías están construidas todas con anécdotas falsas en su mayor parte. Lo importante es que de tales frases se deduzca un carácter verdadero.

Sócrates, que miraba mucho dentro de sí, pero hablaba poco de ello, se definió como un “tábano”. Y lo fue, en un sentido nobilísimo, pues con su manía de escrutar en el fondo de las almas y de las cosas no dio paz a nadie, como se dice hoy. Su progenitor, Sofronisco, había sido un modesto escultor, acaso poco más que un picapedrero, por bien que después se le han atribuido, no sabemos con qué fundamento, las tres Gracias que se elevan junto a la entrada del Partenón. Aun cuando el hijo continuase a ratos perdidos el oficio, volviendo de vez en cuando a modelar el mármol y la piedra, sentíase más próximo a la madre, Fenarete, que había sido comadrona. “*Pues -decía medio en broma, medio en serio- también yo ayudo a parir a los demás: no hijos, sino ideas*”.

Ésta era de hecho su verdadera vocación, alejado de la vida política y de los negocios, la tarea a la que se consagró y a la que se mantuvo fiel

durante toda su vida fue la Filosofía, declarando al tribunal mismo que se disponía a condenarle que no la habría en ningún caso dejado. Nos es fácil suponer que sus progenitores no estuvieron entusiasmados con ello. Debieron confundir la repugnancia de aquel chico para con la escuela y el trabajo y su inagotable pasión de dar vueltas por la plaza y las calles¹ escuchando lo que la gente decía, interrogándola, aguijoneándola, con una forma de holgazanería que no prometía nada bueno. Y, ciertamente, no era éste el mejor medio de labrarse una posición.

Pero el hecho es que Sócrates no se inclinaba por una posición. No era rico, pero tampoco pobre de todo, pues a la muerte del padre heredó de éste la casa y setenta minas, que confió a su amigo Critón para que las invirtiese. Contaba vivir de la renta porque tenía escasas necesidades. Aristóseno de Tarento cuenta haber oído decir a su padre, que le conoció personalmente, que Sócrates era un ignorante borrachín cargado de deudas y dado a los vicios. Efectivamente, la sola educación que había cuidado había sido la militar y deportiva. Llamado a las armas cuando la guerra del Peloponeso, se había mostrado buen soldado, resistente, disciplinado y valeroso. En la batalla de Potidea, fue él quien salvó la vida a Alcibíades, mas no lo dijo para no comprometer la medalla al valor que había sido concedida a su joven amigo. Y en Delio, contra los espartanos, que además eran soldados no fáciles de domeñar, fue el último de los atenienses que cedió terreno. Debía de tener pasta de *grognaard* ("veterano") y de alpino. Y hasta el busto que le representa y que se halla en el museo de las Termas en Roma, nos sugiere la misma impresión.

No era ciertamente guapo, al menos en el sentido griego de la palabra. La gruesa y larga nariz, los labios carnosos, la frente pesada, la mandíbula maciza nos hacen pensar en ascendencias campesinas. Alcibíades, el descarado, le decía riendo: "*No puedes negar, Sócrates, que tu facha semeja la de un sátiro*". "*Llevas razón, y además tengo también la panza. Tendré que ponerme a danzar para reducir sus proporciones*".

Es muy posible que el padre de Aristóseno hubiese inducido la gandería de Sócrates de su aspecto chabacano y del desaliño de su persona. Iba siempre vestido, en invierno como en verano, con el mismo quitón manchado y remendado. Empinaba el codo a menudo y gustosamente, y Xantipa, su mujer, decía que no se lavaba.

¹"*Agorazein*" quiere decir "ir a la plaza para ver qué se dice" y, por lo tanto, hablar comprar, vender y verse con los amigos; pero también significa salir de casa sin una idea precisa, holgazanear al sol a la espera de que llegue la hora de la comida; "*intalliarsi*", como se dice entre los italianos, es decir, rezagarse hasta formar parte de un magma humano hecho de gestos, miradas y ruidos. "*Agorazonta*", en particular, es el participio de este verbo y describe la forma de caminar de aquel que practica el "*agorazein*": el avanzar lento, con las manos detrás de la espalda y siguiendo un recorrido casi nunca rectilíneo.

Esta Xantipa ha pasado luego a la posteridad como la personificación de la esposa quejicosa y murmuradora, exigente y asfixiante. Y es natural que así sea, pues la biografía, es más, las biografías de Sócrates las escribieron sus amigos y discípulos que la detestaban y a quienes ella detestaba porque se le llevaban al marido. Efectivamente, Sócrates no se preocupaba mucho de la familia. No entregaba un real porque no lo ganaba, y estaba ausente de casa días y noches. La pobre mujer llegó a tal extremo de exasperación, que presentó una denuncia contra él por negligencia en sus deberes y le arrastró ante el tribunal. Sócrates, en vez de defenderse a sí mismo, la defendió a ella. Y no solo delante de los jueces, sino también delante de sus indignados discípulos. Dijo que, como esposa, tenía perfecta razón, y que era una buena mujer, que hubiera merecido un marido mejor que él. Pero, una vez absuelto, reanudó sus hábitos extradomésticos y no siempre inocentes de todo. Pues no se limitaba a frecuentar el salón intelectual de Aspasia, sino también la casa de Teodata, que era la más célebre prostituta de Atenas.

Todos le apreciaban porque siempre estaba de buen humor, no se ofendía por nada, y decía las cosas más abstrusas con las palabras más sencillas. Tenderos y comerciantes le saludaban familiarmente cuando pasaba por la calle, seguido por el cortejo de sus discípulos. Se paraba ante los escaparates y decía, maravillado: “*¡Fíjate cuantas cosas necesita hoy día la humanidad!*”. Hasta en las casas más empingotadas donde le invitaban a comer, estaban habituados a sus pies descalzos, pues entre las cosas que él no necesitaba figuraban también los zapatos.

No se sabe qué escuelas había frecuentado; tal vez ninguna. Y si se llegase a descubrir que ni siquiera aprendió a leer, no resultaría sorprendente. Puesto que, siendo de naturaleza sedentaria, no había siquiera viajado, y su cultura debió de ser exclusivamente el fruto de meditaciones y de conversaciones con los intelectuales de su tiempo. De hecho, a pesar de dedicar a la Filosofía toda su existencia, no escribió nada. Para Sócrates, que entendía el filosofar como **el examen incesante de sí mismo**, y de los demás, ningún escrito puede suscitar y dirigir el filosofar. El escrito puede comunicar una doctrina, no estimular una investigación. Así, Sócrates renunció a escribir y a practicar una enseñanza regular, y ello debido a su misma actitud filosófica, como parte esencial de tal actitud².

²En el Fedro platónico el rey egipcio Thamus dirige a Thot, inventor de la escritura, las siguientes palabras: “*Ofreces a los alumnos la apariencia, no la verdad de la sabiduría; puesto que cuando ellos, gracias a ti, habrán leído tantas cosas sin ninguna enseñanza, se creerán en posesión de muchos conocimientos, a pesar de permanecer fundamentalmente ignorantes y se harán insoportables a los demás, porque poseerán, no la sabiduría, sino la presunción de la sabiduría*”.

Platón ha descrito sus encuentros con Hippias, con Parménides, con Protágoras y con muchos otros filósofos de aquella época. Probablemente no tuvieron jamás lugar. Parece ser que, personalmente, Sócrates solamente conoció a Zenón, en cuya dialéctica se apoyó algo. En cuanto a Anaxágoras, que con seguridad le influyó, tuvo contactos indirectos con él a través de Arquelaos de Mileto, que fue discípulo de Anaxágoras y maestro de Sócrates.

Por lo demás, el método que Sócrates siguió excluye la consulta libresco. Él se había propuesto dos problemas fundamentales que ninguna biblioteca ayuda a resolver: ¿Qué es el bien? y ¿Cuál es el régimen político más adecuado para alcanzarlo?. La fascinación de su enseñanza consistía en esto: que, en vez de subir a la cátedra para comunicar a los demás sus ideas, declaraba no tenerlas y rogaba a todos que le ayudasen a buscarlas. “Yo -decía- *me considera el más sabio de los hombres porque sé que no sé nada*”. Y de esta premisa, que era a la par modesta e inmodesta, partía todos los días a la conquista de alguna verdad, haciendo preguntas en vez de dar respuestas. Escuchaba pacientemente las de sus alumnos y luego comenzaba a poner objeciones: “Tú, Critón, que hablas de la virtud ¿qué entiendes por esa palabra?”. Sócrates no se cansaba nunca de exigir conceptos precisos, formulaciones claras. “¿Qué es esto?”, era su pregunta preferida, se hablase de lo que fuere. Y cada definición la pasaba por la criba de su **ironía** para mostrar su falacia o que no era adecuada. Era propiamente un incorregible “tábano”, nacido para sacudir todas las certidumbres de sus auditores que a menudo montaban en cólera y se le rebelaban. “Por los dioses -gritaba Hippias-. Es muy fácil ironizar sobre las respuestas ajenas sin dar las propias. ¡Yo me niego a decirte lo que entiendo por justicia, si no me dices antes qué entiendes tú!”. Aristófanes, más tarde, satirizó en una comedia, “Las nubes”, lo que él llamaba “la tienda del pensamiento”, donde, según él, se aprendía tan sólo el arte de la paradoja, presentando a un discípulo de Sócrates que pega a su padre y después sostiene la legitimidad de su acto diciéndole que lo ha realizado para pagar la deuda contraída cuando su padre le había pegado a él. “Deudas son deudas. Hay que devolver todo lo que se ha recibido”.

Sócrates fue condenado a muerte. La sentencia fue dictada por el pueblo de Atenas, reunido en la Pnux. Era el año 399 a. de C.; Sócrates tenía entonces 70 años y durante medio siglo había molestado a las gentes de Atenas no con su predicación, sino con su ejemplo. Sócrates no se proponía convertir a nadie, no amenazaba al pueblo como un profeta ni lo soliviantaba como un agitador. Cumplía religiosamente sus deberes de ciudadano y, sin embargo, se le acusaba de impiedad y de corromper a la juventud.

La ley ateniense disponía que el acusado tenía que defenderse por sí mismo, con un discurso pronunciado delante del pueblo. Tenemos dos versiones de ese discurso de Sócrates.; ambas revelan que no quiso modificar en nada su estilo irónico ni su sencilla dialéctica. Sócrates discutió si los jueces podían condenarle a muerte con el mismo desenfado con que discutía siempre con los sofistas. *“Vosotros decís que yo no creo en los dioses, pero creo en los hijos de los dioses (esto es, los conceptos abstractos). Ahora bien, si creo en los retoños de los dioses, debo creer en los dioses también, porque nadie que afirme la existencia de los mulos, negará que existan caballos y asnos”*. Hay que convenir que para un discurso en que iba a Sócrates la vida o la muerte, la comparación es un poco atrevida.

Según el procedimiento judicial ateniense, el jurado debía realizar primero una votación para decidir entre “culpable” o “inocente” y, en caso de decidir “culpable”, una segunda votación para decidir entre la pena propuesta por el acusador y la propuesta por el acusado. Sócrates fue declarado culpable por un escaso margen de votos (281-220) y, extrañamente, fue condenado a muerte por un margen algo mayor (300-201); quizá la razón de ello fue que Sócrates rehusó fijar seriamente una pena, en vez de esto, aun manifestándose dispuesto a pagar tres mil dracmas, declaró orgullosamente que se sentía merecedor de que se le alimentase a expensas públicas en el Pritaneo, como se hacía con los hombres beneméritos de la ciudad.

Entre la conducta y la ejecución transcurrieron treinta días porque una solemnidad sagrada impedía en aquel período las ejecuciones capitales. Durante este tiempo los amigos organizaron su fuga y procuraron inducirle a ella; pero Sócrates rehusó, los motivos de esta negativa se exponen en el “*Critón*” platónico: Sócrates quiere dar con su muerte un testimonio decisivo a favor de su enseñanza. Había vivido hasta entonces enseñando la justicia y el respeto a la ley; no podía, con su fuga, ser injusto hacia las leyes de su ciudad y desmentir así, en el momento decisivo, toda su obra de maestro.

He aquí como explica Platón los últimos momentos de Sócrates:

“Al llegar el carcelero con la copa del veneno de Sócrates le preguntó: ‘Amigo, tú, que tienes experiencia de estas cosas, me dirás lo que debo hacer’. A lo que el hombre contestó: ‘No tienes que hacer más que pasearte, hasta que empieces a notar que te cuesta mover las piernas; entonces te tiendes en la cama y el veneno producirá su efecto’. Así diciendo entregó la copa a Sócrates quien la tomó con gesto amable, y sin inmutarse, miró al carcelero y le dijo: ‘¿crees tú que puedo hacer una libación a algún dios con el veneno?’. El hombre respondió: ‘Preparamos Sócrates sólo la cantidad que juzgamos necesaria’. ‘Comprendo -repuso

Sócrates-; no obstante, antes de beberlo quiero y debo rogar a los dioses que me protejan en mi viaje al otro mundo'. Y tomando la copa, sin vacilar, bebió el veneno.

Hasta entonces, los discípulos que rodeaban a Sócrates habían podido contenerse sin manifestar su dolor, pero cuando el maestro hubo tragado el último sorbo de veneno, empezaron a llorar y gemir, y hasta uno de ellos, llamado Apolodoro, se deshizo en llanto, escapándosele un gran grito. Tan sólo Sócrates se mantenía en calma. '¡Que extraños ruidos hacéis! -les dijo-; he mandado que las mujeres se marcharan para que no nos molesten con su llanto, porque yo creo que un hombre debe morir en paz. ¡Estad tranquilos y tened paciencia!

Cuando los discípulos oyeron esto, se avergonzaron y reprimieron sus lágrimas. Sócrates continuó paseándose hasta que sus piernas no pudieron sostenerle; entonces se tendió sobre el lecho. El carcelero le tocó los pies, preguntándole si lo notaba, y él contestó que no, después le palpó las piernas, y más arriba, diciéndonos que ya todo él estaba frío y rígido. Sócrates se palpó también y dijo: 'Cuando el veneno llegue al corazón será el fin'. Pronto empezó a ponerse frío de las caderas, y descubriendo entonces la cabeza, que ya se había tapado, dijo: 'Critón, ahora me acuerdo que debo un gallo a Esculapio'. 'Se pagará, no lo dudes, díjole Critón, ¿quieres algo más?. Pero Sócrates ya no respondió a esta pregunta. Al cabo de unos minutos pareció moverse, y los que rodeaban el lecho lo destaparon. Tenía ya los ojos fijos, y entonces Critón le cerró la boca y los párpados".

La inducción y el concepto

Aristóteles ha caracterizado la investigación de Sócrates desde el punto de vista lógico: "dos cosas -dice- se pueden fundamentalmente atribuir a Sócrates: los razonamientos inductivos y la definición de lo universal."

El **razonamiento inductivo** es aquel que, mediante el examen de un cierto número de casos o afirmaciones particulares, conduce a una afirmación general que expresa un **concepto**. El razonamiento inductivo se dirige, pues, a la definición del concepto; y el concepto expresa la **esencia** o naturaleza de una cosa, lo que la cosa verdaderamente es.

Ahora bien, este procedimiento, observa también Aristóteles, lo aplicó Sócrates a los temas morales; se podría dudar, pues, que a Sócrates corresponda el título de descubridor del concepto, ya que sólo indagó los conceptos ético-prácticos y éstos expresan no lo que realmente es, sino lo que **debe ser**; su obra científica no apuntaba al conocimiento, antes bien era una reflexión crítico-normativa alrededor del obrar y el vivir del hombre.

En todo caso, precisamente la parte de verdad que contienen estas afirmaciones revela el mérito indudable de Sócrates como iniciador de la investigación científica. A Sócrates, pues, pertenece el mérito de haber sido el primero que organizó la investigación según un método propiamente científico y riguroso. Pues todo concepto, sea teórico o práctico, tiene por objeto la esencia de las cosas, su ser y su substancia permanente. En qué consista la substancia o la esencia es un problema posterior que Sócrates dejó como herencia a sus sucesores y que constituye el tema fundamental de la Filosofía de Platón y de Aristóteles.

Los razonamientos inductivos de Sócrates designarían así aquel proceder demostrativo que se encamina por encima de lo ente hacia su ser, entendido éste como “eidos”. Sócrates se nos aparece así como el fundador de la ontología del eidos, para el cual la Filosofía, la pregunta por el ser, es la pregunta por la determinación o esencia de cada cosa.

Lo que no hizo Sócrates fue afirmar que el eidos es al mismo tiempo lo ente. Es decir, lo que no es socrático es la teoría de las ideas³.

La mayéutica

Sócrates había tomado su método de la **geometría** y pretendía aplicarlo al terreno moral. De la misma manera que los geómetras habían reducido las formas complicadísimas de la realidad sensible a polígonos (triángulos, círculos, etc.) y se había propuesto después definirlos, dar razón de ellas, Sócrates se propone hacer algo similar en el terreno moral. Para ello:

En primer lugar, reducía los modos de conducta del hombre a un cierto número de formas, a un cierto número de virtudes: la justicia, la templanza, la valentía, etc.

A continuación, aplica el entendimiento para llegar a decir qué es la justicia, qué es la templanza, etc.; es decir, busca la explicación de esas formas de conducta moral, trata de “dar razón de ellas”, busca el “logos”, o lo que es lo mismo, el **concepto**, o definición de las mismas.

Esto es lo que se refiere a los aspectos teóricos del método, en cuanto a la práctica, el método que Sócrates practicaba era la **dialéctica** o conversación con el discípulo o interlocutor.:

Consistía en un diálogo dirigido en el que, a base de preguntas, iba llevando a su interlocutor hacia la conclusión deseada, y nunca alcanzada. El diálogo se iniciaba con la **ironía**, que consistía en un primer momento en el que el maestro, reconociendo él mismo su ignorancia, hacía comprender al discípulo que no sabía. De esta manera, Sócrates trataba de que fuera el propio discípulo quien llegara al concepto o la definición de que se trataba.

³Ver “inducción” en Aristóteles.

Cuando el discípulo reconoce que “no sabe” está entonces en las mejores condiciones para llegar a saber.

El método se basaba en la creencia socrática en la existencia de conocimiento innatos en el alma del hombre, que el maestro podía hacer recordar con la ayuda de hábiles preguntas. De ahí que Sócrates llamara a este método la **mayéutica** (obstetricia) porque, de la misma manera que la comadrona ayuda a la mujer a dar a luz a su hijo, Sócrates ayudaba con sus preguntas a descubrir la verdad que estaría como oculta y dormida en la propia conciencia del discípulo. |

Frente al individualismo radical de la sofística, que sólo se preocupa de los demás para arrancar a toda costa el asentimiento que le asegura el éxito, sin parar mientes en la verdad, Sócrates también entendía la mayéutica como el arte de la **investigación en común** para llegar a la sinceridad consigo mismo y con los demás. En el “*Gorgias*” platónico Sócrates compara la sofística con el arte culinario que procura satisfacer al paladar, pero no se preocupa de que los majares sean beneficiosos para el cuerpo. La mayéutica es, por el contrario, parecida a la medicina, que no se preocupa si causa dolores al paciente, con tal de conservar o restablecer la salud.

Platón cuenta que Sócrates resolvió un día invertir los papeles y ser él quien respondiera, en vez de interrogar. Mas luego desistió diciendo: “*Tenéis razón acusándome de suscitar dudas en vez de ofrecer certezas. Pero ¿qué queréis hacerle?. Soy hijo de una comadrona: habituado a hacer parir, no a procrear*”.

Intellectualismo moral

La búsqueda de sí misma es al mismo tiempo la búsqueda del verdadero saber y de la mejor manera de vivir; en otras palabras, es a la vez investigación del saber y de la virtud. **Saber y virtud se identifican**, según Sócrates. El hombre no puede tender más que a saber lo que debe hacer o lo que debe ser; y tal saber es la virtud misma. Si el hombre se entrega a ciertos impulsos significa que sabe o cree saber que obrar así es para él lo más útil o más conveniente. Un error de juicio, es decir, **la ignorancia, es la base de todo vicio**. La diferencia entre el hombre virtuoso y el hombre que no lo es consiste en que el primero sabe calcular los placeres y escoge el mayor; el segundo no sabe hacer este cálculo y no puede, por tanto, mas que entregarse al placer del momento. La virtud no es ni puro placer ni puro esfuerzo, sino **cálculo inteligente**.

El **utilitarismo** socrático no tiene, pues, nada que ver con el hedonismo sofístico ni con el que más adelante mantendrá Aristipo. Sócrates trata de someter los placeres a la razón. Ésta debe dominar la vida del hombre, haciéndole renunciar a los placeres inferiores y buscando los

bienes que produzcan un placer mejor: la tranquilidad, la ausencia de necesidades. El tener las menos necesidades posibles *“es la cosa que más nos aproxima a la divinidad”*⁴.

A esta doctrina según la cual la virtud consiste en saber se le denomina **“Intelectualismo moral”** y tiene su origen en el establecimiento de un paralelismo entre los aspectos éticos y los aspectos técnicos:

En efecto, en el mundo de la técnica sucede que el que ha aprendido y sabe un arte realizará bien su oficio. Así, un hombre que conoce las técnicas de la arquitectura hará bien una casa, o el hombre que conoce la medicina realizará bien la curación de una enfermedad. Y si un arquitecto o un médico hacen mal su oficio, no es porque quieran hacer el mal, sino porque no saben hacer el bien.

Pues bien, Sócrates traslada esta concepción al mundo moral. Así, el que ha aprendido una virtud es virtuoso. Si un hombre sabe lo que es la justicia, será justo. Y si un hombre comete una injusticia no es porque quiera hacer el mal, sino porque no sabe.

De esta manera de entender la virtud se desprenden varias consecuencias:

- a) **Determinismo moral.** Nadie hace el mal voluntariamente, sino por ignorancia, porque no conoce el bien. Por tanto, al que comete el mal **no se le puede castigar, sino instruir**.
- b) Para Sócrates, pues, **no existe la culpa**, nadie es culpable, sino solamente ignorante.
- c) Otra consecuencia es que la virtud puede enseñarse. En realidad sólo hay **una virtud: la Sabiduría**. Sobre esta base montó Sócrates toda su labor educativa en Atenas. Todas las virtudes pueden reducirse a una sola, porque todas consisten en saber.
- d) Por último, según algunos autores, ese intelectualismo explicaría la animadversión de Sócrates hacia la democracia ateniense. Así como los buenos médicos son los que conocen el arte de la medicina y no se nos ocurre elegir a suerte o por votación a un hombre para que nos cure, los buenos gobernantes serán también los que conocen el arte de dirigir el Estado y va contra toda razón el escoger a los que hayan de ocupar los cargos públicos echando a suertes o por votación entre la inexperta multitud.

⁴“Memorables”.